

“LA BLANCA PALOMA”

Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.

"LA BLANCA PALOMA"



SEVILLA

IMP. Y LIB. DE SOBRINOS DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43 AL 47



R. 52843

Es propiedad. Se ha hecho
el depósito de ejemplares que
la Ley previene.

¡MADRE MÍA DEL ROCÍO!

Si entre todos tus hijos de tu alma te hemos puesto en esa cabeza de reina ungida una corona, yo pongo a tus pies un libro.

Míralo con benignos ojos, Madre mía: si quiera porque lleva por título ese requiebro, que expresa tu incontaminada pureza de virgen y tu ternura de madre; ese piropo, el más fino y más galante, que se nos ha podido ocurrir en nuestra rudeza campesino-marismeña; ese dictado, para tí sola, que ningún rociero acaba de pronunciar, sino con trémolos en la voz.

Si hasta Dios mismo te llamaba Paloma por los enamorados labios del Rey de los Cantares, ¿qué mucho que nosotros te llamemos «La Blanca Paloma»?

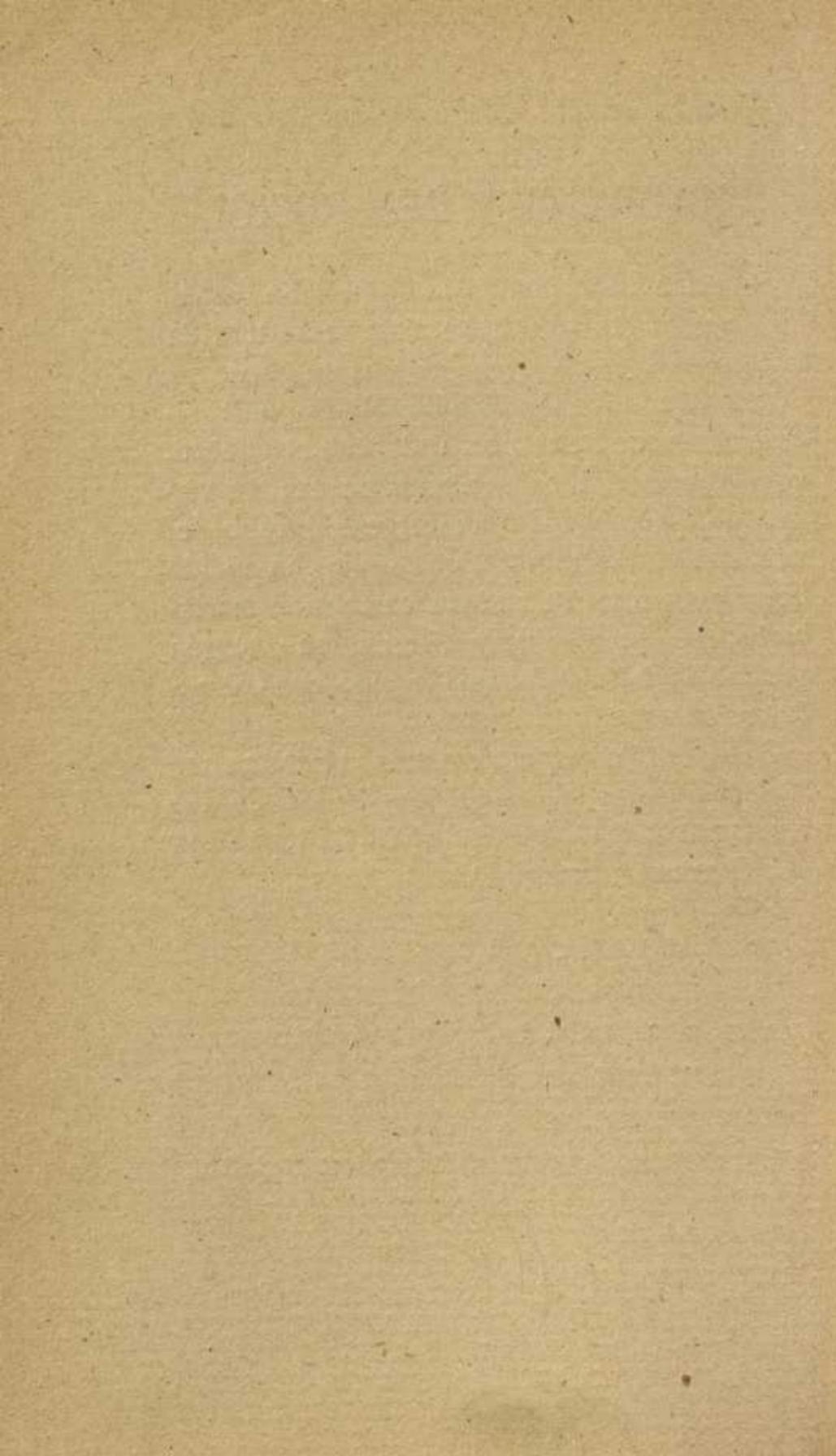
¡Palomita blanca:

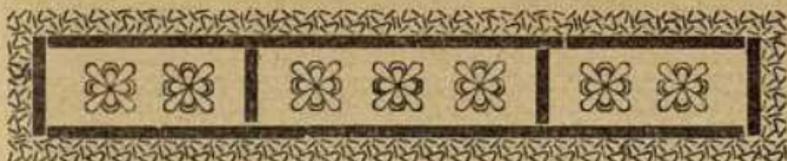
Por Dios te lo pío:

Que esta mealla, ande está tu imange

La entierren cormigo!

Juan F. Muñoz Pabón.





ÉXITO LITERARIO

«Histórico», que puede servir de introducción.

I

«La blanca Paloma» de las marismas del Atlántico, como denominamos por aquí a la Virgen Santísima del Rocío, Patrona de la villa de Almonte y Reina de estas tierras del Aljarafe de Sevilla y del Condado de Niebla, habrá de ser coronada canónicamente en la mañana del próximo Domingo de Pentecostés, [por el Eminentísimo Señor Cardenal Arzobispo de Sevilla, D. Enrique Almaraz y Santos, que Dios prospere y guarde.

Acontecimiento de tanta resonancia en la

región necesitaba, entre otras mil cosas, un poeta, que se atreviera a cantarlo dignamente. A falta de hombres de bien, hicieron a mi padre alcalde, y a falta de otro Homero, me acordé de que yo, allá por mis años mozos, había pulsado la lira.

La descolgué de los sauces del río de Babilonia, donde la tenía colgada, más de cuanto há; ví que se me había convertido, por arte de encantamiento, en plebeya guitarra; la templé, sin embargo, e hice una tirada de diez y nueve seguidillas populares, como para ser cantadas en la zambra y jaleo de las carretas romeras.

Algo se ha de cantar, y más vale que sea alabanzas a la Virgen.

Véase la muestra:

Desde Sevilla a Huelva,

Madre y Patrona,

A traerte venimos

Una corona.

¿Que un sol parece?

¡Pues, aunque más no cabe,

Más te mereces!

Mucho vale una perla,
Mucho, un diamante;
Pero más, los amores
De un pecho amante...
Y esa corona
Es amor de cien pueblos
A su Patrona.

De un lado el Aljarafe,
De otro, el Condado
Reina de sus amores
Te han coronado.
¡Ay, Madre mía,
Tus ojos oscurecen
La pedrería!

Virgen de las marismas,
Madre y Señora
De tantísimos pobres
Como te lloran.
¡Vida y dulzura
De todo el que te cuenta
Sus amarguras!

Salud de los enfermos,
Rosa temprana,
Estrella reluciente
De la mañana,
Pomo de aromas,
Lirio de las marismas,
Blanca Paloma.

—

¡Bendita sea la hora
Que Dios te jizo,
De la tierra y der cielo
Durce jechizo!
¡Qué güena suerte
Invocarte a la hora
De nuestra muertel!

—

La Virgen del Rocío
No es obra humana;
Que bajó de los cielos
Una mañana.
Eso sería
Para ser Reina y Madre
de Andalucía.

—

A esa Blanca Paloma
Le tengo un nido:
Mi corazón, de amores
Todo encendido.
¡En él descansa,
Como en tí, Madre mía,
Mis esperanzas!

—¿Ande vas?— Al Rocío.
—¿Pa qué, Dolore?
—A rezar por los hijos
De mis amore.
¿Quién tiene duelo,
Mientras ecista eza ermita,
Puerta der cielo?

Soy la má esgraciaíta
Que hay en la tierra.
Con un hijo en la cárce
Y otro en la guerra...
Lloro y espero;
La Vige sabrá darme
Lo que yo quiero.

Ayunando y escarza,
Cayá y andando,
La ermita del Rocío
Vy divisando.
¡Madre del arma:
Qué chaparrón de sarves
Er que taguarda!

Las leguas del Rocío
Son escalones
Por donde van al cielo
Los corazones,
¡Vuela al Rocío,
Sin que nada te arredre,
Corazón mío!

La ermita no es ermita,
Que es un sagrario,
Donde ha puesto Dios mismo
Su relicario.
No es maravilla,
Si caballos y bueyes
Se le arrodillan.

Pocito del Rocío,
¡Siempre manando!
¡Lo mismo que la Virgen:
Siempre escuchando!
¡De noche y día
Te encuentra el que te busca,
Virgen María!

Cuando por la marisma
La Virgen sale,
Hasta el sol se detiene
Para rezarle.
¿Quién no le reza
A esa Blanca Paloma,
Flor de pureza?

Pajaritos del aire,
Flores der campo,
Estreyitas der cielo,
Angele y santos:
Cantarle ustede;
Que mi vo con er yanto
Cantar no puede.

Tamboriles y gaitas,
Blancas carretas,
Grupos de peregrinos
A la jineta...
¡Echaos a un lado:
Que viene la carreta
Del Simpecado!

—

¡Míralo cómo brilla,
Cómo reluce,
Con tantísimas flores
Y tantas luces!
¿Esos cordones?...
¿No ves que son ensartas
De corazones?

—

Adios, Blanca Paloma
De las marismas,
Aunque de tí me olvide,
Tú eres la misma.
¡Mira que es pena
Que tenga hijos tan malos
Madre tan buena!

—

Calentejo con el ejercicio poético, la em-
prendí con otra tirada de seguidillas gita-
nas, e hice las siguientes:

Guitarrita mora: .

Güérvete cristiana,

¡Vamo al Rocío, a cantá a la Vige

Coplitas gitana!

—
¡Marismas d'Armonte,

Llanos er Rocío!

¡Decí a la Vige, la Paloma blanca,

Los amores mío!

—
¡Miá que tié uno tierras

Dejáitas atrá!

Pero carita como la e esa Vige,

No la ví enjamá.

—
¿Qué estasté diciendo?

¿Que er só sa perdío?

Pontonce, amigo, no le dusté güerta

Que está en e Rocío.

—

Hay allí una ermita
Que es er firmamento:
¡Er só y la luna...! ¡la Paloma blanca
En er morumentol

—

Yo ha pecao mucho,
¡Mucho que apequé!
¡Mírame, Mare, ya arrepentiíto
De urtrajá ar Divé!

—

Apenita andaba,
Me queé sin mare.
Solo en er mundo, no aprendí na güeno,
Na má que a rezarte.

—

Yo andé por er mundo,
Sin dengún amparo:
Pero tu cara en la metá e mi noche
Me sirvió de faro.

—

Una horita mala
Me echó una caena:
Tu escapulario, cormigo en la carce,
Cumplió la condena.

—

Orvié hasta er creo:

¡Tito lo orvié!

¡Pero la sarve a la Paloma blanca
No la orviaré!

Anlugá un milagro,

Que corgá en tu ermita,

Te dejo el arma, de pená y quererte,
Tá efarataíta.

Mare de Rocío,

¡Nunca me esampare!...

Malo y roando, ar fin sy tu hijo,
Y tú eres mi Mare.

¡Piendo limosna,

Si e semenesté,

Vendré otro año, de la fin der mundo,
Pa gorverte a ve!

Palomita blanca:

¡Por Dios te lo pío!

¡Que esta mealla, andé está tu imange
La entierren cormigo!

Guitarrita mora:

¡Vamos a callá!...

Tiés toas las cuerdas mojás en mi llanto,

Y yo no puó má.

Con el arma apuñalá,

Salí andando pa e Rocío.

He venío y he llorao:

¡Ya me güervo tan tranquilo!

La Junta de la Coronación las ha impreso y las ha repartido profusamente por todos estos pueblos rocianos, a fin de que, aprendidas de memoria, sean ejecutadas a su debido tiempo.

II

Y me hallaba hoy en mi estudio, donde estoy a la sazón, cuando me dicen desde la la puerta:

—Ahí está un hombre, como de pueblo, que dice que no quiere más, que besarle a usted la mano.

—¡Cosa más particular!.. Pues ábrale, y que suba.

... ..

Y me veo entrar un hombre, como de sesenta a setenta años, cariancho y cuellicorto, «grandable él», y con los ojos, el infeliz, como dos tajaditas de carne.

III

—¿Usté es don Juar Muñón?

—Servidor de usted.

—¿Er que ha sacao las coplas e Rocío?

—Servidor.

—¡Po trausté pa acá esa mano... (Y se la dí)... que me la vy a comé! (Y se hartó de besarla y de regarla con su llanto.)

—Pero, siéntese, señor, y serénese un poco.

—Po, sí señó: ¡anoche ha dejao usté sin cená a una casa de familiar!

—¡¡.....!!

—Estábamo echando mano a cená, cuando er señor cura me m'andó una hoja con las copla de usté. La cogió mi hijo y empezó a leé la primera..., y sortamo la cuchara, y nos echamos tos a llorá, que parecía aquella casa er día der Juicio... Mi mujé y mis haij,

con er corazón encogío; mi hijo, sin poé continuá leyendo, y yo, ¡jecho una canasta! (Llora.)

—Y allí queó la mitá e la puchera, sin arre-matá. La carne y er tocino se la habrán ar-mozao esta mañana, y el gazpacho, pa echárselo a las gallina.

Yo no he poío pegá los ojo en toa la noche, ná má que acordándome de las copla. Y esta mañana he cogío er tren, y he venío, ná má a que besá la mano, que ha escrito esa.. (Llora) ¡prefacio de la misa! porque eso es un prefacio. (Llora.)

—Y la mejón de toas, es la mía. ¡La que le rezo yo a la Vigen tos los año; ná má que, como yo se la rezo, no pega ¿sabe usté? y usté la ha sacao, que pega!

—¿Y cuál es, si no es indiscreción?

—¿Cuá ha e sé? ¡La mía! ¡Esta!

¡Piendo limosna, (1)

Si e semenesté, (2)

Vendré otro año, de la fin der mundo, (3)

Pa gorverte a vé!

(1) Aquí un hipido.

(2) Tres o cuatro sollozos.

(3) Amago de síncope.

(Y le llantina más grande, con que han podido llorar rocianos en el mundo.)

—Porque yo por dí a Rocío, ¡sería capá jasta de robarlo! ¡Y mi pena es morirme y no poé dí a Rocío! (Llora.)

—Porque yo, señó don Juan, he dío ar Rocío de toas las manera que se pué dí.

Yo he dío andando... yo he dío a pié... yo he dío escarzo, yo he dío con bota... yo he dío en carreta, yo he dío en carro, yo he dío en coche, yo he dío en bestia... ¡yo he dío... jasta en una jangarillaaa! (Aquí ya, yo le hice el dúo)... ¡Sí, señó! ¡en una jangarilla! Tenía unas calentura, que me erretían, y llegó e Rocío.—¡Madrecita mía! ¿quién no va a verte?—y jice que me tendiera en unas jangarilla... ¡y así fi y así gorví a mi casa!

Yo he sío sordao, y he removío er mundo pa arcanzá licencia, y no he perdío un Rocío en la edá que tengo ¡ni lo perderé! Yo tengo sesenta y cuatro año ¡y he dío a Rocío sesenta y cinco vece! (Llora.)

—¿Algún año al Rocío chico? ¿Noverdá?

—¡No, señó! ¡Ar grande! ¡Los chico no se cuentan!

—Pues yo no sé de ningún año, que haya habido dos Rocíos grandes.

—¡Ni yo tampoco! Po así y to, yo he dío ar Rocío cincuenta y cinco vece!

—¿?... ..??

—Verá usté: la pobrecita e mi madre, que de ahí lo hereo yo, era mú rociana la pobrecita y no perdía un año la pobrecita... (Llora)

—Y aquel año no debía de di, porque estaba mú alantá ¿sabe usté?

Po fué. Y fué andando... Y no jizo ná má que bailá endeje que llegó, jasta que se vino. ¡Una sarve, y tres copla!.. ¡Tres copla, y una sarve! ...A la güerta... ¡po se puso mala la pobrecita... y me tuvo envera e un vllaooooo! (Y aquí ya se revolcó de emoción.)

—Amos a ve: ¿no fué eso dí ar Rocío endeje antes e nacé?... ¡Aquel año, pué decirse que fí yo ar Rocío! ¡Por eso e dío a sesenta y cinco Rocíos grande, aunque no tenga na má que sesenta y cuatro año. (Llora)

—De moo que yo he dío ar Rocío de toas manera. Yo he dío en carreta... yo he dío andando... yo he dío en jangarilla... yo he dío en coche... ¡yo he dío en burra!... ¡¡¡yo

he díó en madre!!!! (Y a poco me revuelco yo también, de lo que me dió de oír aquello.) ¡De moo que pa que yo no vaya ar Rocío tos los año,

Piendo limosna,
Si e semenesté!...

¡Yo se lo decía a la Vigen, tos los año ar venirme y no pegaba: y usté lo ha dicho y pegal...¡ Esa copla no es copla!... ¡¡esa copla es un prefacio!!

IV

—Y por eso he echao un viaje, ná má que pa conocerlo a usté y besarle la mano que ha escrito eseee:... ¡evangeliooooo! (Llorra.) ¡Conque quéé usté con Dió, y jasta e Rocío... lo cua que he oído decí que predica usté ogaño!... ¡Conque damusté la mano y quéese usté con Dió y con la blanca Paloma!

—La mano no... ¡Un abrazo!...

Y nos lo dimos... y nos besamos, y nos

llenamos de lágrimas el uno al otro .. Y cuando se fué, y me harté de llorar, me senté a la mesa... para seguir llorando, mientras he escrito esto,

No recuerdo en mi vida de escritor éxito literario semejante.





La salida.

I

El «tum» «tum» del tamboril y el «tararirarí» de la gaita tienen la culpa de esa comenzón y ese desasosiego, que se apodera de todos los pechos rocianos, o sea: de todos los que hemos nacido entre el Guadalquivir y el Odiel, desde el momento y hora en que esa institución netamente rociana empieza a recorrer las calles de los pueblos en que hay Hermandad de la Virgen del Rocío.

¿Quién no va, a cumplirle la promesa que se le hizo en los momentos de la tragedia de familia, o a ponerse al habla con ella, pa-

ra la catástrofe que se avecina... la operación quirúrgica del que lo gana... la quinta del hijo... el juicio oral...— ¡esta nube tan renegra, Madre mía de mi arma, que se le ha entao a una por las puerta, sin comerlo ni beberlo!?...—

Y se piensa en «poner» la carreta, o se apalabra la burra... se enmiela la masa frita y se hacen las tortillas de bacalao para la vigilia de Pentecostés— porque acá no semos moro ni protestante, pa comé de carne un día asín— se suda, se trabaja, se trajina, se remueve Roma con Santiago— ¡se echa una un jierro en la cara, si e semenesté!— y se tiene todo preparado y en su punto para el día y momento de la salida.

Al Rocío me llevan
 Por los cabellos:
 ¡Madre de los Rocíos
 Tiradme de ellos!...

¡Qué mañana más bella, o qué tarde más hermosa, la mañana o la tarde de la salida!
 ¡Qué hora y qué momento!

En las afueras del pueblo toda la caravana de las carretas, como la que formaría en

tierras de Canaán el patriarca Jacob con las mujeres y niños de su tribu en los carros del Egipto facilitados por Faraón a José, y con las carretas, los jinetes y los peatones, esperan solamente para echar a andar, la llegada de la carreta de la Virgen, que ha salido de la corralada de la casa del Hermano Mayor, en donde ha estado expuesta el día antes, encendiendo la devoción y produciendo el entusiasmo de las turbas.

—¡Dió! ¡y cómo va ogaño con los ramo de flore contrajecha que le ha compraó la Hermana Mayor y con los candelabros retorcíos, de la rifa e lo zajone!.. ¡Dificurto que éntre otra por aqué reá!.. ¡Semo un pueblo, que jace mu bien las cosa!

¡Mírala! ¡Mírala por la calle de la Plaza, avanzando majestuosa y solemne, hecha un ascua de oro de tántas luces y un ramo colossal de tantísimas flores naturales, entre el desatentado repicar de todas las campanas que hay en el pueblo, las ensordecedoras salvas de todas las escopetas, el estampido de cien mil cobetes y los rezos y las bendiciones, y las coplas y las lágrimas de cien mil espectadores que han salido a despedirla!

Los enfermos son sacados a las puertas de las casas del tránsito, para que la carreta los cubra con su sombra, como a los enfermos de Jerusalén la sombra de Pedro... Es la hora de que los que pueden ir, se desahoguen con el Simpecado, como los que tienen la ventura de figurar en la peregrinación, habrán de desahogarse con la blanca Paloma, cuando lleguen a la ermita... la hora de la fé, del amor, de la gratitud y de la esperanza... la hora de este pedazo de salve, puesto en acción:—A tí clamamos los desterrados hijos de Eva: a tí suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.

II

Porque es privilegio de la Virgen de El Rocío auténtica y de verdad que su imagen, pintada en el Simpecado de cada pueblo, cause la misma devoción en cada pueblo y produzca el mismo frenético entusiasmo, que produce ella sola en su santuario

de la marisma. La auténtica, la de verdad, la aparecida, la que como dice la copla:

Entre flores y almendros,
Tiene la ermita,

está en su ermita almonteña. Pero, a falta de ella, su imagen en cada pueblo es ella misma, tan compasiva de todos los infortunios, tan poderosa, para ponerles remedio y tan buena y tan *remadre* de todos los que le lloran... Por eso su paso, por donde va avanzando su carreta, es una salve que no se acaba nunca: un sollozo de los desterrados hijos de Eva, desterrados también de El Rocío, que no se cansan de decirle de rodillas.—Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos.

—Mire usted, don Juan,—me decía la fundadora de una de las hermandades, recientemente establecidas:—Yo no quiero mucho lujo de Simpecado, ni mucha bulla de carretas. Lo que yo quiero es un pueblo más, entrando por aquel real de aquel Rocío, aunque no sea más, que con una medallita de la Virgen, amarrada en el pico de un pañuelo... Lo demás, ya lo dará

la Virgen, si lo quiere, ¡Madre mía de mi alma, que tantísimo te debo, Tú lo sabes!

III

¡Qué manajo de hermosas jaculatorias las que, mojadas en lágrimas, salen entonces de todos los pechos!

—¡Madre mía de mi arma: quién fuá a verte!

—¡Madre mía de Rocío: ¡qué reinquisición tan grande, que no me dejen dí! ¡Si como es mi madrastra, fuá mi madre!...

—¡Lo que toca el año que viene, Madre mía, aunque tenga que peirlo de puerta en puerta!

—Mujé: har favó de llevarle estas dos vela y encendérselas tú misma; que se las prometí, cuando me lo metieron en la carcel!

—¡Toma! pa que me traigas una cinta (medida de la Virgen): que la que teníamo, se la llevó a la tierra la pobrecita de mi Dolor, y no quió está sin ella, que a lo mejón se ocurre una enfermeá...

—¡Que no se te esorvía una estampa, pa la cabecera de la cama de los zagale.

—Mujé: ¡esta arcuza de aceite, pa la lámpara, que se la debo y no quió cuentas atrasás con los santo, y meno con la Vigen de Rocío, que tantísimo le debe una, porque lo que toca yo es cosita que la traigo al retortero, con tánto como tiene que peirle una madre de familia!

—¡Miá, mujé, que no te venga sin un pe-rrenguito (cantarillo) de agua der pozo de la Virgen, a ve si me se ensuerve este burto tan reatró. ¡Míalo, acavé más grande!... Asín, mujé que por lo que sea.

—¡Madre mía de mi arma! ¡Que, aunque se lo tengo peío ar Señor de la Vera-crú, a tí también te lo pío, que más ven cuatro ojos que dól..

—¡Madre mía!...

—¡Reina y madre!...

—¡Madrecita de Rocío!...

Y así avanza por las calles del pueblo la carreta de la Virgen: entre lluvias de flores y zahumerios de alhucema, vítores, aclamaciones y piropos, rezos y hasta *patatunes*.., así llega al ejido del lugar, en que aguarda

impaciente la caravana, y así traspone al fin, del lado allá de los pinares, que pintan sobre el fondo del vívido celaje sus copas de terciopelo y sus escamados troncos...

Al Rocío me lleván
Por los cabellos,
¡Madre de los Rocíos,
Tiradme de ellos!

Después... la pintoresca flora de la Biblia: higuerales, granados... olivares y viñedos, entre cercas de chumberas y africanas pitas... Y luego más pinares otra vez... Llanos de monte bajo con jaras, arrayanes, zaguaros, lentiscos, almoradux y retama.. y luego otra vez más pinares, cada vez más hermosos, esto es: más incultos, más salvajes, de más apretada breña y enmarañada urdimbre, ora escalando la cumbre del accesible montículo como desfile de gigantes, ora bañando las raíces, a modo de serpientes, en las extáticas aguas del olvidado arroyo que huele a mastranto, y siempre dejando oír el susurro del viento entre sus copas, que parece el murmurio de una plegaria...

IV

Como las caravanas que atravesaban los desiertos tenían sus obligados puntos de parada—la sombra de la esfinge, la frescura del oasis—, así las caravanas del camino del Rocío, tienen sus «seltas» en lugares señalados por la tradición.—El caserío del cortijo... la choza del guarda... ¡aunque no sea más, a las veces, que los alrededores del pozo patriarcal y primitivo, que lleva el nombre de la finca o el de su dueño!—Me gusta mucho que se llame el pozo de Muñoz el que labró mi padre en su pinar de Melos, y en que suele hacer estación la gente del Aljarafe...

Todo el que vaya al Rocío sepa por estas letras que tiene allí una choza y un pozo de agua dulce.

Se aprovecha la «suelta», para que el ganado abreve y descanse y los romeros se refrigeren y desentuman. Allí se hace el gazpacho, si es al medio día, o se instala la «queá» si es por la noche; se toma el aguardiente, si es por la madrugada... se baila, sea a la hora

que sea, se duerme la siesta, o se hace la *toilette*, para no dejar un corazón sano cuando llegue el instante de la entrada...

¡Pinares de Villamanrique o de Hinojos, por donde van camino de El Rocío todas las caravanas de romeros del lado del Aljarafe, y pinares de Almonte, por donde van a El Rocío todos los peregrinos del Condado: umbrías paradisiacas en el rigor de la abrasada siesta y vestíbulos de la gloria en la estrellada noche: agitado el incensario de vuestros romerales, con que perfumar el camino de la carreta de la Virgen! ¡Miradla allá a lo lejos, con los bueyes desuncidos y la pértiga en la tierra, aguardando la hora en que se vuelva a poner en marcha la caravana. Ya queda poco: ya casi se ve surgir de la inmensa planicie de la marisma el gracioso campanario de la ermita y el caparazón de monte de las chozas aldeanas, habitadas por yegüerizos y pastores: ¡es El Rocío!

El Rocío, que atrae como un imán al que no lo ha visto nunca, y que una vez gustado en todo su sabor, empica como el vino; El Rocío que nos maravilló de muchachos,

nos entusiasmó de jóvenes jaraneros y bailarines, nos conmovió de padres de familia y nos enterneció de viejos; El Rocío, que tiene para cada edad su peculiar encanto, y para todos, el encanto irresistible de esa Virgen. De esa Virgen, que mira; de esa Virgen, que escucha; de esa Virgen, que, como la aparición de Masabielle en Lourdes, quiere ver en El Rocío, «muchu gente.»

No se concibe de otra manera, el que haya quien no deje de ir un solo año, a pesar de tantos sudores y molestias; de tantas privaciones y tantas fatigas. Es que la Virgen lo quiere, y

Al Rocío me llevan

Por los cabellos...

¡Madre de los Rocíos

Tiradme de ellos!...

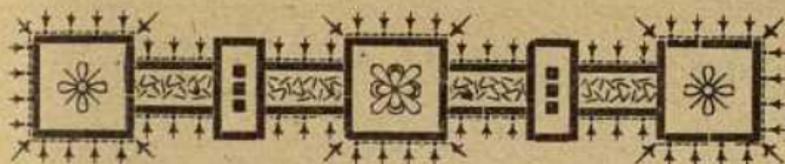
A El Rocío, por tanto, todo el que tenga algo que pedir y todo el que tenga algo que agradecer... ¿Que no tienes preparado nada? ¡En El Rocío come todo el mundo! ¿Que no tienes en qué ir? ¡A El Rocío se va andando!... La cosa es no cerrar los oídos a ese «tum» «tum» de ese tamboril que atrae, y al «tara-

rirarí» de esa gaita que arrastra; incorporarse a ese grupo de peregrinos que canta y reza, que se mortifica y baila, que ríe y llora, y en derredor de una carreta que es un altar y un trono, vivir vida de nómada por carreteras y carriles, arenas y pinares, camino del propiciatorio de una Virgen, Reina y Madre: Madre de misericordia.

—Pero muchacha: ¿qué demonios de apuros son los tuyos, que todos los años tienes promesa de ir al Rocío?

—Po misté, don Juan: como siempre me cuesta tánto trabajito er poé dí, po ar verme tan apuraíta, se lo prometo a la Vigen: ¡Madre mía de mi arma: como puea percanceá er dí este año, vy a verte el año que viene!.. Conque cávalo usté ahí.





La entrada

I

Acabo de llegar de la ermita de El Rocío, a donde me llevó desde Sevilla, además de mi devoción desde niño a la «blanca Paloma», la solemnidad, excepcional por esta vez, de la Coronación.

Sinnúmero de lectores de *El Debate*, con quienes me ha tropezado por allí—*El Debate* los tiene en todos los ámbitos de la Península—me han instado, y hasta comprometido «por esa blanca Paloma», a que emborrone unas cuartillas descriptivas de este

pedazo de alma andaluza, entre mística y jaranera.

El mismo Eminentísimo Señor se ha dignado de significarme su deseo de que lo haga, y héme aquí, aunque molido y maltrecho de lo penoso de la peregrinación y de lo inhospitalario de la estada, dispuesto a complacer a los primeros y a obedecer al segundo. Sus insinuaciones son para mí mandatos.

No he dejado de hacer por hacer ver, tanto al uno como a los otros, que El Rocío, que no cabe en once leguas de marismas y a que vienen estrechas las tierras del Aljarafe y del Condado, no hay artista en el mundo que lo pueda encerrar en una crónica, y que, si es interesante por demás para los lectores de la región, acaso para los del resto de España—*El Debate* es periódico nacional—no merezca otra cosa, que el bostezo que causa lo que aburre... Lo del oyente de aquel sermón que, mientras los demás lloraban a moco tendido, él seguía tan impávido, explicando su impasividad y su frescura con estas convincentísimas palabras:—¡Yo no soy de esta parroquia!

Perdónenme, así pues, mis amados lectores de por allá, si no logro interesarles con la lectura de estos tres, o quizás cuatro articulejos. En cambio a los de por aquí les sabrán a gloria y váyase lo uno por lo otro. El señor Director, padre de todos—esto sin «coba»—lo tendrá en cuenta para el «regium exequatur».

II

Porque la devoción a la Virgen de El Rocío no cabe en Almonte, que es su casa solariega, ni siquiera en la inmensidad de la marisma, hay sinnúmero de pueblos por aquí, donde existe su hermandad de El Rocío: todas las cuales, «todos los años», so pena de perder el derecho de antigüedad, emprenden la caminata al santuario marismeño, con el tiempo suficiente para hacer su entrada en el real de cinco a seis de la tarde del sábado de Pentecostés, que es cuando empieza la fiesta.

Rompe marcha el arcádico tamboril, cuyo isócrono «tum» «tum» sirve de contrapunto a la primitiva gaita que trasciende a

pastorela: institución tan típicamente rociera, que en Sevilla, donde también hay su hermandad, no se le denomina de otra suerte que «el pito de El Rocío».

Tras él van a caballo, todo lo más curramente enjaezados los brutos y todo lo más majamente vestidos ellos, los hermanos corporales: en la mano y apoyadas en los estribos, las insignias—el pendón o los pendones y las varas de mando—al brazo, y pendiente del barbuquejo, el sombrero de ala ancha, y al aire las varoniles cabezas de «labraores» o «ganaeros», tostadas por estos soles semiafricanos.

¿Traje? Pues sus botines de montar, con su imprescindible espuela; sus calzonas con botonadura de plata filigranada; sus zahones, que acá para «inter nos» es la prenda más machuna y más bonita, que puede ponerse un hombre; su faja roja o azul y su chaqueta corta, con alamares o sin ellos, que, al ensanchar y robustecer los hombros, afina y adelgaza las caderas, acentuando la masculinidad de la figura.

Y ahora, evíteme usted, ni evíteme nadie, que la hija o la hermana, la prima o la no-

via se les suba a ancas, y que, como había de vestirse con otra indumentaria, se ponga su amplia falda de faralaes, se envuelva en su mantón de Manila, cuyos abundantes flecos van lamiendo la culata del pinturero bruto; en lo alto del rodete la peineta de acaramelados tonos, y enderredor del goyesco aditamento, de grandor de mitra, las opulentas corolas de sangrientos claveles, que afinan, al empalidecerlos con el contraste, los corales de gargantillas y zarcillos... ¡La Mare e Dio!

Tras esta veintena o cincuentena de parejas a la jineta, entre las que figuran recios mulos, con árabes ataharres de colorines, enjalmas de amplios flecos y jáquimas adornadas de borlas y caireles, avanza majestuosa y señorial, hierática, ¡augusta!, la carreta-tabernáculo, la carreta-trono... ¡la carreta del Simpecado de la Virgen! Un templete de madera tallada (el de Triana es de plata), dónde entre flores y luces, sobre magnífico faldón de tisú o de terciopelo, bordado de oro o de plata, si no es de plata y oro, se destaca, en el óvalo central, pintada al óleo, la cónica silueta de la imagen de la Virgen.

Los bueyes—los mejores que haya en el pueblo—con enormes frontiles de terciopelo o de raso, bordados de seda u oro; con colleras de lo mismo, hechas sarteles de campanillas, a las veces de plata; con fajas de historiada escarapela y rozagantes moñas, o con gualdarpas que juegan con la capacha y los frontiles, más que bestias de carga, parecen sagrados ídolos, paseados en carrera triunfal, para su propio culto; pues, para que nada falte a la ilusión, las turbas se descubren y hasta se arrodillan a su paso... siquiera estas fervientes adoraciones sean a la «Sin Pecado», a que llamarán bendita todas las generaciones de la historia.

Después, ya, las carretas de la Hermandad: quince, veinte, veinticinco, treinta... entoldadas de blanco, con floripones y guirnaldas, lazos y farolillos... sus cortinas de encaje en frente y culata, que recogen, formando pabellón, moñas de colorines, ramos de flores de talco y hasta ángeles de escultura, con cintas en que se lee: «Biba María Cantísima del Rosio» o «¡Viba esa blanca Paloma!...

¿Que quién va en cada una? Pues lo mismo diez, entre romeros y romeras, que die-

ciocho: uno, con su guitarra; otro, con su acordeón; otro, con su pandereta, y el resto con sus palillos, cantando a todo pulmón, coplas de seguidillas, ora jaculatorias a la Virgen:

(Salud de los enfermos,
Rosa temprana,
Estrella reluciente
De la mañana.) (1)

ora, idilios campesinos:

(La carreta y los güeyo
Son de mi padre.
Er carretero es mío,
Dios me lo guarde);

ya del dominio universal, como

Por el Rocío grande
Vamos entrando,
Cogiendo clavellinas
Y haciendo ramos.

ya privativas de un pueblo sólo, como

En el Rocío estamos,
Nadie se pique,
Que se lleva la gala
Villamanrique.

(1) He tenido la alegría de oír cantar hasta lo infinito todas las que brotaron de mi pobre guitarra.

Tras la última carreta de cada Hermandad, otra vez el tamboril y el grupo de jinetes que precede a la carreta del Simpecado, de la que sigue... con el aditamento del tamboril y el grupo de jinetes de la que acaba de entrar... y así sucesivamente. De tal manera, que, cuando entra la última, los tamboriles son quince o veinte, y el grupo de jinetes, pasa, como en este año, de cuatro mil, compactos, apretados, y sin caber en el mundo, cuanto más en la calle aldeana por donde van entrando, ni en la explanada de la ermita donde «recibe» la Hermandad de Almonte, y ante cuya puerta, abierta de par en par, los bueyes de las carretas se arrodillan y las cabalgaduras de los jinetes hacen lo propio, entre vivas y cantares, cohetes y bengalas, «tum» «tum» de tamboriles y «chin» «chin» de bandas de músicas, lágrimas de devoción, berridos de entusiasmo... ¡«eso que da» al ver en la penumbra del santuario, después de tres o más días de camino por arenas de Sahara o por entre matorrales incultos y bravíos, a «la blanca Paloma», razón de todo aquellol...

Y así, desde las cinco de la tarde, hasta

las diez o las once de la noche... ¡Cuanto han necesitado treinta mil almas, para ir desfilando «a paso de carreta», por delante de la puerta de aquel

...Sagrario,
Donde ha puesto Dios mismo
Su relicario!
¡No es maravilla
Si caballos y bueyes
Se le arrodillan!

... ..
¿Ven? ¿ven los lectores de *El Debate*, ro-
cianos, cómo El Rocío no cabe en un ar-
tículo?

Por el Rocío grande
Vamos entrando,

y llevamos escritas trece cuartillas.

Veremos las que há menester esa película, toda luz y color, y vida y movimiento: alegre, como el sol del Aljarafe y chispeante, como los mostos del Condado; bullanguera como una pandereta y retozona como una copla de seguidillas, sustanciosa como

una caldereta de borrego, e inocente y piadosa como un exvoto... como «ur milagro...»

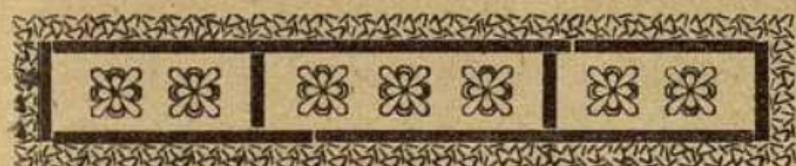
¿Vale para cerrar esta crónica una copla netamente hinojera, que pudiéramos llamar copla «de entrada»?

¡Por Dios que de las proporciones artístico-literarias de la «saeta» «de las patás» que recordarán nuestros amigos de *El Debate*:

Madre miá de Rocío,
A veros vengo.
¡Tres leguas e camino,
Y ahorita yegol
Memoria os traio
De la Virgen der Vaye
Y la'e er Rosario...

Así se le habla por aquí a la Virgen del Rocío...





El medio ambiente

I

El Rocío, que tiene sus idólatras fervorosos, tiene también sus iconoclastas furibundos.

Suelen ser éstos personas piadosas, de las de la más estricta observancia, que, porque en El Rocío se baila a destajo y se bebe de lo lindo, fulminan contra él inapelable anatema, poniendo como hoja de perejil todo cuanto con El Rocío se relaciona.

Realmente, en El Rocío se baila sin cesar y se bebe por castigo... Pero he aquí cómo explico yo uno y otro «fenómeno»:

En El Rocío está todo el mundo muy mal instalado. El mismo Señor Cardenal, que, como se cae de su peso, ha estado en lo mejor, ha tenido por junto una celda, como para un anacoreta de la Tebaida. El que logra una choza de pastor para sí, su familia, huéspedes y criados, se cree tan por encima de los demás, como el que vive en un hotel en la Castellana. Yo he instalado a los míos —una hermana, una cuñada, cuatro sobrinas, un hermano, un cuñado, dos sobrinos, ya hombres, y otros dos pequeños (los que me han dado asuntos para «históricos» de *El Debate*), dos criadas y un criado, amén cocheros, carretero y aláteres,—en una tienda de campaña, de seis metros por tres... o sea: a menos de metro cuadrado por persona, más toda la impedimenta de casa y boca que hay que llevarse, desde el dornillo para el gazpacho, hasta las tenacillas para rizarse el pelo; desde las yemas de San Leandro, hasta las escoba y el cogedor; desde el servicio de café, hasta el devocionario; desde la palangana y la jabonera, hasta las sillas en que poder recibir al visitante.

¿La inmensa mayoría? Pues en una carre-

ta, en la que va todo, y que lo mismo sirve de dormitorio, que de despensa; de cuartotocador, que de sala «de estar»; de... lo que no puede decirse, que de palco para ver el desfile de la procesión o presenciar la función de fuegos artificiales... todo ello en lo que pudiéramos llamar «el principal» de la casa: destinándose el bajo, o el «enterruedas», a cocina, carbonera, gallinero, gañanía y «departamento de la servidumbre», entre sacos de paja para el ganado y cántaros de agua para el consumo de la familia; las mantas, las almohadas y las alforjas... el anafre y la pandereta... el cuarto del borrego, sacrificado para el condumio, y las velas de cera, que se llevaron de promesa para la Virgen... el abanico y los peines; la cazuela y el espejo; las cucharas y el exvoto... los frontiles, las coyundas, el yugo y la capacha... el aparejo del mulo y el juguete para el rorro... el arca de masa frita y el acordeón; la guitarra y el estropajo; el cacharro con las flores para el tocado y la jáquima del mulo.

Ahora, bien: ¿quién vive así, ni quién duerme así? Y, porque no es posible de ningún modo dormir en El Rocío, y al mal tiempo

buena cara, quisiera yo reunir a los siete sabios de Grecia, a ver si se les ocurría otra solución al problema de la estada en El Rocío, que no sea la de bailar, desde el oriente hasta el ocaso, y desde la puesta del sol hasta la nueva aurora, ora por afición, ora por recurso... ora por propia iniciativa, ora por compromiso... ora porque es el ambiente, ora.. porque si no lo fuerà lo sería, so pena de morirse de aburrimiento.

—He venío a E Rocío, con mi mujé, andando la pobrecita, y, por añaiúra, escarza to er camino, y con una niña en brazo la infelí, endeje que salimo der lugá.

¡Mujé, súbete; que güeno está lo güeno!; que la Vigen no es farta de conocimiento pa no vé que es una inquisición er que una majé, criando, puá cumplí una promesa tan atró! ¡Y como si se lo dijera a la paré! Po llegamo ayé, ar medio día, con toa la calina que usté sabe que jace por esos arenale. Llegamo; fuimo a la ermita, a cumplí la promesa, y lo mismo fué arrematá, que arremató de andá en roilla la ermita siete vece, con la niña en brazo, ¡ahí la tiene usté, bailando, que no para, que ande oye una pan-

dereta ya no es mujél. . . ¡Y que pa eso haiga venío uno tó er camino, con er corazón partío de compaecerla?... ¡Místela!...

—Misté, don Juan—contestó la aludida—: Allá por los reores e tós Santo, se me echó a morí mi niña. ¡Madrecita mía de E Rocío! ¡Que no me se muera! ¡Como me se ponga güena, Madre mía, a Rocío te la llevo, pero escarza, y andando y sin hablál! ¡Po, místela, qué hermosa, porque es que está apelo-tá, mi corazón!

Po ná: a cumplí la promesa, porque los Santo, don Juan, son muy interesao, ¿sabusté?, y e semenesté tenerlos contento, de una vez pa otra. Po, señó; que llegamo ayer ar medio día. Que cumplí mi promesa como Dios manda. Y misté, don Juan. Cuando yo me ha visto con mi niña güena y con mi promesa cumplía..., ¡mistél!, ¡¡me ha entrao una alegría tan regrande, que no pueo estarme quieta, y que lo mismo es oí una guitarra y unos palillos, que paece que me ha picao una tarántula, y esty jechecita porvo de bailál!... ¡Madre mía de mi arma, que ahora mismo me güervo a la puerta de la ermita, a bailarte tres copla, con er primero

que lleguel ¿Quién no «le» baila a esa blanca Paloma, que otorga lo imposible?—Y se aleja, llorando y tocando los palillos.

¡Quite usted, pues, de la cabeza a muchos rocieros que el baile es culto!

II

Y aún queda en pié otro argumento, de los que sus detractores esgrimen contra El Rocío: lo que se bebe...

Porque, sí, señor; se bebe. ¿A qué negarlo? Harto haremos con explicar el fenómeno.

En El Rocío, vida a pleno sol y en continuo movimiento, se padece sed. Y, como quiera que son infinitos los indígenas de estos pueblos vinateros, que profesan el principio, demoledor para las empresas abastecedoras de aguas, de «el agua, para las ranas», en El Rocío se bebe lo indecible; siquiera lo que se bebe, sea... lo mismo que se bebe por todos estos pueblos cualquier día laborable—y para beber, lo son todos—, sin que haya más borracheras, que

las de los que están suscritos por vitalicio a hacerlo «todos los días y en todas las partes.»

Y se emborrachan, desde que entran hasta que salen; o mejor y para ponernos más en lo justo: «permanecen» tan borrachos en el real, como en sus mismos pueblos y en sus mismas casas; con sus amigos, o a sus solas; en sus días de alegría, «porque la cosa lo pide» y en sus días de tristeza, aunque no sea más que para hacer justicia a la copla:

Para no sentir penas,
Emborracharse,
Y, después de borracho,
Ir a acostarse.

¡Estas son las borracheras realmente tales, del real de El Rocío: las de todos los borrachos empedernidos de todos los pueblos del reducido mapa rociano, que cambian de domicilio por tres días!

Si de algo vale mi palabra honrada, complázcome en decir que no he visto ¡ni unal Y eso que he entrado y salido en todas partes; que lo mismo me he sentado en la có-

moda mecedora de la casa del potentado, que encima del cántaro del rancho del pobre; lo mismo he tenido que esquivar el litro de lata de vino de la hoja, con que pretendía agasajarme el yegüerizo, que la elegante copa de aristocrático Champagne, con que la Junta de la Coronación obsequió a la «Grandeza y al Cuerpo Diplomático»—las personas de viso y los Hermanos Mayores de todos los pueblos—, por la sencilla razón de que yo no bebo nunca.

Si los que van al Rocío fueran abstemios como yo, mal año para viñadores y vinateiros. Pero, si somos grajos blancos: ¿quién blanquea en El Rocío a tantísimos grajos negros, como forman bandadas por esos mundos?

Por lo demás, no se pierda de vista que El Rocío es el gran día de fiesta de la Región: ¡el día de la Patronal y como tal, de asueto y de jolgorio, de alegría y de zambra: esto, sin tener en cuenta que no hay en todo el mundo, quien tenga más derecho a tirarse un latigazo de vino de la tierra, y más en un día así, que el que trabaja y suda todo el año para medio vivir y mal comer:

harto de podar viñas y cavarlas, sulfatarlas y amarrarlas, para que luego en la vendimia den pingüe redimiento, y el ámbar o la amatista de los racimos en sazón se trueque en cataratas de líquidos topacios... que alguien ha de beberse. Si no, ¿«pa» qué?

Detestando la borrachera con todo mi corazón—los borrachos me crispan los nervios—hallo muy en su punto que se beba vino en la fiesta solemne del Condado y el Aljarafe. ¡Hasta en las religiones más austeras y en las más recoletas comunidades de monjas, se sirve una copita el día magno de la Orden!

Pero «una copita» ¿eh? No vayáis, rocieros que me leéis, a tomar por panegírico de la cosa lo que no es más ni menos que habilidad de retórico para atenuar los cargos que se os hacen y os deis a empinar el codo, hasta aprenderos de memoria las estrellas.

¡Con tasa ¿estamos?! No vayais, dada vuestra fonética, a convertir la «ese» en «zeda» o «zeta», y, de la taza, os paseis al tazón frailerero, y del tazón frailerero a la cubeta de trasegar... si no es que os convertís en mosquitos, que dentro de la bota os sumer-

jais, para en ella morir como el célebre compadre de la copla:

 Mi compare zajogó
 En una bota de vino:
 ¡Ay comparito del arma!
 ¡¡Quién zajogara contigo!!

¡Y yo, que dedicaba este artículo a «el culto por el dolor»!

Pues nada: quiere decir que lo aprovecharemos para el siguiente, y le pondremos a este otro cualquiera...

¿Está bien «el medio ambiente»?





El culto por el dolor

No es menester que sea dogma. Es de instinto cristiano, y eso le basta al pueblo.

El dolor, tolerado voluntariamente, es penitencia. La penitencia es el gran corrosivo que destruye el pecado. El pecado es lo que Dios más detesta y abomina, y he aquí por qué el instinto cristiano ve en el dolor un culto.

—¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!—
tuvo la Santísima Virgen que exclamar en Lourdes. En El Rocío no ha tenido que reclamarla. En su ermita de la marisma se le ofrece, sin que tenga que pedirla la Señora.

El Rocío es penitencia, y mucha penitencia.

Aparte las molestias del camino,—El Rocío está lejísimos de todas partes,—molestias que se acentúan con el calor de Junio en Andalucía; aparte lo inhospitalario de la estada y lo arduo del retorno, en que ya no se lleva ni el acicate de la ilusión, son muchos los romeros rocianos que le echan los cominitos de una nueva mortificación voluntaria. Frecuente es tropezarse por allí con quien ayuna a pan y agua, desde que sale de su casa hasta que vuelve; quien se abstiene de beber durante toda la caminata—y a pie—dure lo que dure, y quien, como una pobrecita niña trianera, venga descalza y andando once leguas de camino, si no es una mujer de Gibraleón, que ha hecho otro tanto desde su pueblo... y Gibraleón está a cuatro leguas de Huelva; Huelva, a siete de La Palma; La Palma, a dos de Almonte, y Almonte, a tres de El Rocío...

De los pueblos más cercanos, como Hinojos, Almonte, Villamanrique, Pilas, los romeros de ese talante forman legión. Lo prometieron a la Virgen en los momentos

de angustia... de la quinta del hijo .. de la enfermedad del esposo... de la horrenda catástrofe de la familia, que se venía encima y que la blanca Paloma conjuró con su poder de «omnipotencia suplicante», y — «los Santo, don Juan, son muy interesaos y e semenesté tenerlos contentos de una vez pa otra» — ¡Er que paga descansa y deja una puerta abierta!

¿Qué no será capaz de hacer, camino de El Rocío, el maestro Gilabert, de Huelva, cuya relaciones con la Virgen me ha contado Siurot, que también va a El Rocío todos los años y comulga en El Rocío todos los días?

—Aquel año, amigo Lectoral, no había quien trajera la Hermandad de Huelva: Me llamó el Arcipreste y me dijo:

—No hay más remedio: usted tiene que llevarla.

Como Dios me dió a entender, reuní unos cuantos romeros, y empezamos a preparar la carreta de la Virgen, cuando he aquí que me manda llamar el maestro Gilabert, «sacramentado», para decirme con el estertor de la agonía:

—¡Dor Marué! ¡Que yo quió dí a El Rocío!...

(Le advierto a usted, Lectoral, que la enfermedad del mozo era caries en los huesos del cráneo y gangrena en el cerebro.)

—Pero ¿a dónde va usted, criatura, acabado de olear?

—¡A morirme en El Rocío! ¡Yo no quiero que sarga la Virgen en la pobreza con que va este año!... ¡Pobrecita!..

—¡Por Dios y por su Madre, no se mueva usted! ¡Vaya espiritualmente!

—¡Que yo voy a El Rocío, aunque me muera por el camino!

... ..

Total: que lo sacaron a puñados de la cama; que lo tendieron en un carro, y que se me incorporó a la comitiva, con su mujer y sus hijas de enfermeras.

Así salimos de Huelva, y así nos dispusimos a hacer noche, entre San Juan del Puerto y Niebla. Acampamos en una explanada de junto a la carretera las tres o cuatro carretas que constituían el convoy, porque la noticia de la ida de Gilabert-fué

un exorcismo: cenamos y nos echamos a dormir, y Dios sobre todo...

A eso de la media noche, un ruido estrepitoso, como si se hubiesen hundido las esferas, que nos hizo dar un brinco y plantarnos, despavoridos, en medio de la explanada. ¡Nadie podía explicarse lo que había sido!... La carreta de la Virgen estaba destrozada... las ruedas hechas astillas, y el Simpecado roto... ¿?...??

Salimos desatentados por la llanura, en busca de abulagas, u otro monte, con que hacer luz, pues la noche estaba oscura como boca de lobo, y al hacer por arrancar yo una mata de... lo que era, veo a un hombre en ropas menores, junto a mí, que me dice:

—¿Se ha asustao usté mucho, dor Manué?

—¿Quién es usted?—le pregunté, espeluznado, creyéndolo un espectro o un alma del otro mundo.

—¿No me conoce usté, dor Manué?

—¡Yo, no! ¿Quién es usted?

—¡Er maestro Gilabert, que me he puesto güeno!

—¿¿¿Pero...

—¡No hay pero que varga!.. ¡Tiénteme usted la cabeza!...

Y aquella cabeza, fofa cuando salimos de Huelva, donde se hundían los dedos como en una pelota de goma falta de gas, estaba resistente, dura... ¡curada!

Mi hombre se vistió y vino andando hasta El Rocío, y ahí lo tiene usted.. bailando que se las pela, como todos los años, desde que entra hasta que sale.

—¡Pues nada: que le han puesto otra cabeza nueva!—fué toda la explicación que pudo dar el médico de cabecera, cuando vinimos (1).

De éstas, y como éstas, a millares, porque El Rocío es el propiciatorio de la Virgen. Y porque El Rocío es la sala de audiencia de

(1) La hermana mayor de Huelva que ha llevado este año la Hermandad fué operada en Madrid de un cáncer en el pecho. Le extrajeron en la operación ¡siete costillas! Contra todos los pronósticos de los médicos, no sólo no murió en la operación sino que curó rapidísimamente. Y ahí está, cumpliéndole a la Virgen la promesa que le hizo, de llevarle la Hermandad mientras viviera. No se dirá que atestiguo con muertos.

la celestial Señora, a El Rocío van todos los anhelos y todas las gratitudes, todas las esperanzas y todos los recuerdos; todos los dolores que hán menester alivio y todas las penas que hán menester consolación. ¡Todas las necesidades! ¡Todos los amores! ¡Todas las lágrimas.

—Padre—le he preguntado al más pequeño de mis sobrinos, que ha cumplido los seis años, que está sin los incisivos, por hallarse en la muda de la dentición, y que se ha enterado de que a la Virgen se le pide todo.—¿Qué le has pedido tú a la Virgen?

—¡Que «mi eche» los dientes!

De aquí que la ermita de El Rocío, desde el sábado de Pentecostés, que es la entrada, hasta el lunes a medio día, en que empieza la dispersión de las gentes, esté constantemente de bote en bote, con un bardo de cera delante del altar, donde arden en el suelo, de pié o tendidas; en candeleros o en las manos de los devotos, unos cuantos «quintales» de velas, que llegan a formar ríos de cera derretida... Con azadones he visto arrancarla.

No hay promesa a «la blanca Paloma»

que no tenga ese obligado complemento: entrar en el Santuario de rodillas y en cruz, con una vela encendida en cada mano.

Hay quien le ha ofrecido tantas, cuantas sea el número que el hijo de sus entrañas haya sacado en el sorteo para las quintas... cuantas fueron los meses del indulto del marido, que estuvo en la cárcel... ¡cuantas sabe la Virgen que se le pueden llevar,— aunque haiga que quitárselo der comé! ¡contra!

He visto algunos, andando de rodillas por la nave, hasta que se consuman las velas de la promesa.

He visto otros, en cruz y con ellas en las manos, hasta que se derrita la última gota... a éste, andando, tendido de espaldas, hasta raerse el pelo de la nuca y hacérsele una llaga, y a estotro... pero éste merece párrafo aparte.

El pavimento de la ermita en la que entran y salen durante tres días sinnúmero de romeros—este año ha llegado a treinta mil—está desde las primeras horas de la entrada, hecho un terragal. ¡Con decir que no se conoce ni el dibujo del enlosado de mármol, blanco y negro!...

Pues bien: he visto a un hombre, que ha llegado al Santuario. Se ha hincado de rodillas en el compás. Se ha tendido boca abajo. Ha extendido los brazos, como quien va a nadar, y con la lengua fuera, la ha ido arrastrando, ¡arrastrando! por todo el pavimento... hasta llegar a las gradas del altar mayor, con ella convertida en una masa informe de sangre y tierra... ¿Habeis visto «andaluzada» de penitencia semejante?

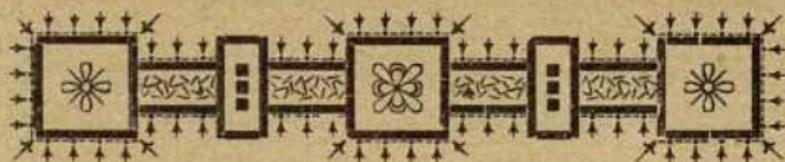
¡Es que es de instinto cristiano que el dolor es culto! Que amamos más la gloria de Dios y de su Madre, a la que todo eso se endereza, que el placer y hasta que el descanso de nuestra carne pecadora ¡Que quiéramos dilacerarla, fibra a fibra, y derretirla y convertirla en humo de perfume, como el grano de incienso sobre las brasas del incensario, para de esa manera dar testimonio del supremo dominio de Dios sobre todas las cosas, que es la esencia del culto de latría.

¿Que en El Rocío se baila? ¡En El Rocío se hace penitencia!

¿Que en El Rocío se bebe? En El Rocío se comulga!

El Rocío es una parva, trillada en la era —así es, después de todo, el reino de los cielos— en la que, si hay mucha paja, hay también mucho grano, y en la que, a vuelta de cuatro retozos inocentes, se le rinde a la Madre de Dios y de los hombres, el culto más espontáneo y más sincero, más fervorosamente entusiasta y más apasionadamente derretido, que se le rinde y tributa en ningún otro lugar de estas Andalucías... de mi alma.





El Rosario

I

El Rocío, que es penitencia, es también oración. Y, si oración, y oración a la Virgen, y en España, en la fiesta de El Rocío no puede en modo alguno faltar «un» rosario. Pero un rosario a la española y a la andaluza; un rosario que, aunque parezca andaluza decirlo, es el primer rosario de Andalucía, y de España, y del universo mundo.

Tiene lugar el domingo por la noche.. Pero antes de acometer su descripción, es menester asentar algunos prenotandos.

Todas las Hermandades de El Rocío, que concurren a la romería anualmente, tienen en el real una casa... o una choza, en cuya puerta se coloca la carreta de la Virgen y dentro de cuyos muros se instalan los caporales de la Hermandad, el capellán que lleva cada una y algún huésped insigne.

Como la casa es de la Hermandad, la casa es «del pueblo» de la Hermandad: especie de Embajada, del lado allá de cuya puerta se está en Moguer, o en Triana, en Coria, o en Umbrete, aunque se pise tierra de El Rocío. Lo que dijimos en uno de nuestros artículos anteriores del «Cuerpo Diplomático», estuvo muy bien dicho, aunque esté mal que uno lo diga.

Ahora bien: igualmente rocianos, todos los que concurren a El Rocío, cuando llega la hora de un acto de la Hermandad, el amor a la patria chica agrupa a todos los de cada pueblo en derredor de «su» Simpecado y debajo del techo de lo que hemos dado en llamar «su» Embajada.

¡Hay que dejar el pabellón bien puesto a los ojos de todas las demás «naciones», y hacer ver que quien «se lleva la gala» es el

pueblo a que el interesado pertenece! ¿Que

En El Rocío estamos,
Nadie se pique,
Que se lleva la gala
Villamanrique?

¡Lo veremos! Pues, así como en la entrada de las Hermandades no hubo quien nos las empatara, ni en el número de carretas ni en el exorno de las mismas, ni en el número de jinetes, ni en la maestría del tamborilero, ni en el lujo con que presentamos la carreta del Simpecado, ni en nada de lo que hicimos, porque aquéllo fué el disloque, así es menester que a la hora del rosario echemos la casa por la ventana: lo mismo en fuegos que en luces, en acompañamiento que en orden y compostura... ¡Que se demuestre con la lógica contundente de los hechos, que donde Malpica pica, nadie pica!... ¡Por algo somos... (Aquí el nombre del pueblo de cada uno!)

Y basta de prenotandos.

II

Son las once de la noche.

La luna de la Pentecostés platea la llanura, que no tiene fin, pintando de alabastro los muros de las casas aldeanas, y de nieve los toldos de las carretas, agrupadas por pueblos en el real. Al calor asfixiante de todo el día, siguió a primera tarde una fresca marea del Atlántico, que pareció como una caricia de la mano de la Virgen. Con la puesta del sol se acentuó la frescura, entre húmeda y salobre de la marisma, y los hombres han tenido que trocar la chamarreta de crudillo por el marsellés de paño con coderas de terciopelo, y las mujeres, que arrebujaarse en el mantón de flecos y colorines.

La Hermandad de Almonte, «Potencia» en cuya «Corte» están las «Embajadas acreditadas» de los restantes «Estados» rocieros, sale entonces de la ermita, con su tamboril y su estandarte, sus varas de mando y sus faroles, su compacto grupo de devotos

y su magnificentísimo Simpecado, detrás del cual va su música, a devolver la visita a los demás «Plenipotenciarios» por orden rigurosísimo de antigüedad, situados al efecto a la puerta de sus respectivas Embajadas, claro que con su Simpecado y sus demás insignias, más todos los «agregados» y todos los «cobijados bajo el pabellón» querido de la Patria chica

«Cruzados los saludos de rigor» entre la Hermandad de Almonte y la Hermandad que recibe—saludos que nadie oye, porque entre los tamboriles y la banda; el repique de las campanas de la ermita y el estallar de los cohetes; el tronar de las piezas de fuego y el cantar de los que ya van en el Rosario, aquello es un guirigay que ensordece—, la Hermandad «que ha recibido» se incorpora a la matriz, con su tamboril y su estandarte, sus devotos con velas encendidas, y su hermanos de mesa con sus varas; presidiendo la de Almonte, como es natural, que lleva ya por delante a la de Villamanrique—la más antigua— a seguida y con el mismo ritual, a la de Pilas, que es la que sigue... a poco la de La Palma... y así sucesivamente,

hasta la de Benacazón, fundada el año pasado, y la de Rociana, que ha acabado de fundarse.

Como con cada una va «su pueblo», el rosario há menester, para desenvolverse, toda la infinitud de la marisma. No son solamente «todas las Hermandades» las que van en él; sino «todos los pueblos» y familias y clases de cada pueblo: desde el potentado, que mide las heredades por leguas cuadradas y cuenta por millares las cabezas de ganado, hasta el humilde jornalero, que no tiene ni un jeme de tierra, ni «siquiá» una mala burra el «infelí»; desde la elegante, que se ha tocado el arca para dar más esplendor al pueblo a que pertenece, hasta la cogedora de aceitunas o arrancadora de garbanzos, que se ciñe a la cabeza el pañuelo a la judía, en que tiemblan como joyeles orientales los «matanovios»: floripones de pluma, con pistilos de talco, con que la enferió aquella tarde el pretendiente...

—¡Hija! ¡Qué repre!

(También por estas tierras se sincopa, aunque no seamos madrileños. Qué «repre» es qué reprecioso).

Y así, llevando en medio un bosque de Simpecados, estandartes, pendoncillos y varas, con cientos de faroles y millares de velas, una hermandad, y otra hermandad, o sea: un pueblo y otro pueblo .. o sea: *todo* El Rocío, en dos filas infinitas, a la luz de la luna que platea, y a la luz de las bengalas que tiñe de esmeralda y de carmín; entre tronidos de piezas de fuego—cada hermandad quema cuatro, o seis, o más—; *tuntunes* de tamboriles y arpegios de gaitas; batir de la marcha real de la banda de Almonte a cada Simpecado que se incorpora, y sin fin de cohetes voladores que se remontan por el aire, el rosario de El Rocío se desliza como una inmensa serpiente de escamas de luz, o como una constelación de estrellas y de luceros, descendida a la tierra del Condado, para entonar alabanzas y cantar loores, con un verdadero pugilato entre estrella y estrella por ver cuál bendice más a la que, según su autoprophecía, habrán de llamar bendita todas las generaciones.

Y con ese bello desorden de la oda—el rosario de El Rocío es la oda suprema a la Madre de Dios—mientras una hermandad, o

sea: un pueblo, canta el Ave María del rosario de la aurora, el otro va cantando el

Dios te salve, Virgen pura,
Reina del cielo y la tierra,
Madre de misericordia,
Vida y esperanza nuestra.

Mientras aquél va desgranando el sartel de requiebros de la letanía lauretana, el otro va ejecutando, con afinación de coro del Real, el «Bendito sea tu pureza» del maestro Calahorra... aquí, las dogmáticas «coplas de la campanilla», de abolengo dominicano—tan sabias son—y allí... ¡hasta la salve del Molinero de Subiza!... Y aquí, y allí, y acullá, «como voz de muchas aguas», alabanzas y loores, bendiciones y cánticos, himnos y jaculatorias a la Bendita entre todas las mujeres, entre cohetes, y más cohetes, ¡y más docenas de cohetes! que a modo de oración suben al cielo, para descender, cuando han estallado, hacia la tierra, convertidos en una lluvia de luces de rubíes y de esmeraldas, de topacios y de amatistas...

Yo, que como buen rociero, en El Rocío lloro por todo, me hartaba de llorar—no se

lo digais a nadie— con los cohetes del rosario. Me parecían como la traducción viva y palpable de lo que dice de la oración San Agustín:

«La oración—dice—asciende. (Lo mismo que el cohete, digo yo), y al ascender a los cielos, he aquí que desciende... pero trocada en misericordia de Dios.» (Lo mismo que los cohetes, llamados «de lágrimas», añado yo por mi cuenta.)

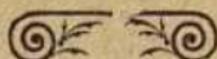
Así veía yo en El Rocío la oración de los romeros, durante ese *Rosario*, ante el que palidece, como oí decir al señor Cardenal, el celeberrimo de Lourdes: acaso más ordenado, pero menos pintoresco; acaso más numeroso, sobre todo en las grandes peregrinaciones, pero no más fervoroso ni más entusiasta: como una lluvia invertida de oraciones a la Virgen, subiendo al cielo; pero para descender a su punto de partida, trocadas en bendiciones de su mano de Reina... de su mano de Madre... de su mano que *todo lo puede, en el Cristo* que ostenta entre sus brazos...

¡Cohetes del rosario de El Rocío! ¡flechas de fuego y de luz, que a modo de suspiros

de un pecho amante, salís en derecha del trono de la que se corona de estrellas!, sonad en las alturas de la atmósfera, como besos de amor enviados desde este valle de lágrimas a la «Madre nuestra que está en los cielos», y tornad, tornad a caer, como puñados de flores de luz, o como rotos sarteles de vívida pedrería, sobre todos los que rezan y cantan, y ¡lloran! en el rosario de El Rocío.

¡Oh noche!, ¡oh cielo!... ¡Oh luna, escabel de sus plantas, y luceros y estrellas, corona de su frente!: decidle de mi parte a la blanca Paloma lo que al Esposo de las «Canciones» el divino poeta San Juan de la Cruz:

—Mi vida se ha empleado
Y todo mi caudal en su servicio.
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio;
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.





La procesión

I

De entre todos los momentos de El Rocio, el último es el más difícil, por no decir imposible, de ser pintado «a la pluma». Tal es su magnificencia salvaje, su tragicidad bravía, selvática, ¡marismeña!: la procesión.

Es de Regla de cada Hermandad celebrar una Misa cantada el lunes, por la mañana, en el altar de la Virgen. Como son trece o catorce las Hermandades, la celebración del Santo Sacrificio empieza con las claras del día, si no es antes. Y, como a donde quiera que va una Hermandad, va con su tam-

boril y sus insignias, su Simpecado y su pueblo, el real de El Rocío durante toda la mañana del lunes de Pentecostés es un hervidero de procesiones, que van hacia la ermita o vuelven de ella; que entran o salen, se dejan paso o esperan turno, correctas, finas y delicadas unas con otras, pues lo valiente no quita a lo cortés, y el creerse cada una la primera y la que pone el mingo, no obsta a la caballerosidad y a la hidalguía, de que tienen gran repuesto para su uso particular los andaluces.

Ni quiero dejar de consignar, al llegar a este punto, otra nota muy andaluza y muy rociera: la fraternidad más caritativa y la generosidad más pródiga de que puede tenerse idea fuera de El Rocío. Diríase que se vive, mientras en él se está, como los primitivos creyentes jerosolimitanos a raíz de la Pentecostés, que en el El Rocío se conmemora: en El Rocío, todo es de todos.

No porque nadie lo tome por sí y ante sí; sino porque todos ponen a disposición de sus hermanos todo cuanto tienen: desde el pan hasta el confite, y desde el fiambre hasta la medicina... el mejor asiento, debajo de

la enramada... el más cómodo lugar para oír el sermón..., ¡hasta los objetos de piedad y recuerdos de El Rocío, que se compraron con el más vivo interés en el compás de la ermita a la Hermandad de Almonte, y que se ceden generosamente, porque ya se han acabado—en El Rocío se acaba todo—todos los que había, y hay quien tiene disgusto, porque no ha podido adquirir una medalla, que quería regalar, o una cinta con la medida de la Virgen, que le habían encargado con mucho empeño!

Amistades muy sinceras hay entre familias de pueblos de por aquí, que tuvieron por origen un Rocío.

Pero no divaguemos Al grano.

II

Cuando termina la misa de la última hermandad—viene a ser a las once—¿qué cree usted que vuelve a haber en El Rocío? Pues otra exhibición de estandartes, varas y Simpecados, y otro pugilato de tamboriles. La Hermandad de Almonte vuelve a sa-

lir de la ermita a convidar a todas, una por una, a la función solemne que previene su Regla, y héte aquí nuevamente el real hecho un bosque de estandartes que ondean, de varas que relucen, y de Simpecados que avanzan majestuosos y solemnes, por el orden en que fueron en el rosario, o sea: por el de la más rigurosa antigüedad. Por cierto que en este punto,

Nadie se pique;
Que se lleva la gala
Villamanrique.

III

Los almonteños, que no han podido lucirse en la entrada—ellos no entran, porque están en lo suyo—hacen cuestión de amor propio la procesión de la Virgen, que sigue a la función. Y ni la misa se oye, ni el sermón se escucha. Aquello es un desate de vivas a la Patrona d' Armonte y a eza blanca Paloma, entre manoteos que asustan y apretones que asfixian.

La misa, que empezó cantada, tiene que

acabar rezada los más de los años. Lo que allí urge es poder «subir al trono», o sea: agarrarse a las andas de la Virgen o a un lugar de los flancos de las mismas; lograr una manigueta, o lo que sea, con la fe y el ahinco... ¡la desesperación! me atrevería a decir, con que se agarra el náufrago a la tabla salvadora, así haya habido que saltar por encima de todas las lanzas de la cerrada verja, y con todos los músculos del cuerpo y todas las energías del alma, remontar en lo alto la parihuela, y, por un plano inclinado de cabezas sudorosas y torsos medio-desnudos, hacerla... ¡rodar, más que descender! hasta enmedio de la nave...

Allí, se suben frenéticos sobre la misma peana de las andas. Se agarran a los varales de la umbela, hasta romperlos. Vociferan, manotean, aplauden... ¡relinchan! formando un hormiguero apretadísimo, que deja a cuatro o cinco talmente asfixiados... ¡todo, menos tocar aquel Arca de la Alianza!... ¡Ay de aquel que le toque!... Uno le tocó una vez, y lo cosieron a puñaladas... ¡A la Virgen se le reza, se le aplaude, se le ben-

dice y se la pasea en triunfo! ¡Pero a la Virge no se le «jurga»!

—Y es de los armonteño ¿sabusté? ¡Y ar paso no se arrima ninguno que no haiga sío nació y bautizao en Armonte!

—¡Amos, muchachos, que es nuestra!
¡¡Viva esa blanca Palomaaaaa!!

Y así, y precedida de todos los tamboriles, y de todos los estandartes y de todos los Simpecados; en medio de una nube de polvo y de un diluvio de fuego y de luz, pues

Cuando por las marismas

La Virgen sale

Hasta el sol se detiene

Para rezarle;

a hombros de sus almonteños, que no cambiarían entonces su naturaleza y vecindad por las de ningún otro pueblo de la tierra; entre gritos de gargantas enronquecidas que así y todo ensordecen el aire marismeño; andando lo mismo hacia adelante que hacia atrás; lo mismo en sentido vertical, que en línea casi horizontal, con la tierra... mientras un garfañón destroza una camisa y cincuen-

ta sombreros abanicán a un asfixiado... entre lágrimas y berridos, jaculatorias y denuestos, vivas e imprecaciones, la Virgen—razón de ser de todo lo que es Rocío—discurre por el espacio de dos horas por El Rocío...

¿Por cuánto esos hombres, que parecen una gusanera en derredor de esas andas, sin camisa los unos, arañados los otros, casi asfixiados los más y todos sudorosos y jadeantes, estropeados y sedientos, se embriagarían en el empuje titánico y en lo que llamar pudiéramos la voluptuosidad de la fatiga y el placer del trabajo y del dolor? ¿Por qué patrono, por qué amo... por qué Rey, se disputarían como leones la opción a una asfixia?...

¡He aquí un privilegio por «derecho propio», de la blanca Paloma de El Rocío!

¡Es la oración de los que acaso no sepan otra!... ¡La penitencia cristiana de los que sin otra norma que el instinto, «saben» que el dolor es santo!... ¡La galantería con la Dama... la ternura con la Madre!... ¡La devoción, acaso inculta, y bravía, y marismeña; pero devoción al fin, y mucha y muy fervo-

rosa devoción, a la Virgen de El Rocío!!!

— ¡Misté, don Juan!

Y no le había quedado más que el trapense de la camisa y un puño.

... ..

— ¿Ande vas, pazo animá?

— ¡Que he güerto en sí, y vy a echarle otra peoná ar paso e la Vigel

— ¿No oyes tú que te estás quieto: que no es semenesté que barbarees má?

— ¡Otra! ¡Si se lo aprometí cuando estuvo usté mala, y se lo gorví a aprometé cuando se perdió la burra, que no parecía por mundo e Dió!

— Pontonce anda, hijo mío: ¡pero no seas mu zarvaje!

... ..

— ¡Home: har favól... ¡Siquiá que atiente er paso con er deol! ¡Que se lo aprometí en el servicio, y no me bis dejao que marrime!... ¡Déjame un rato la manigueta, y te echo una peoná en la regala er maí!...

... ..

— ¡Madre mía! ¡Aquel hombre, esajuciail!

—¡Ese cachito de mis entrañas: sin tené quien sea por é, y con caena perpetua. ¡Madre mía!...

—¡Madre mía: esa sementerita, siquiá pa poé pagá!

—¡Esta vista, Madre mía! ¡Que me se va y me se va, como tú no lo remedie! ¡Consérvame la poquita que me quea!

—¡Mi Dolore, que no ha podío vení y que tanto me encargó que te lo piera de su parte! ¡Que ese hombre le pague lo que le debe, siquiá po esa criaturita!

—¡Salú y trabajo, Maecita mía!

—¡Que no haiga que llevarlo al hospítá, Madre mía del Rocío! ¡Que se le reviente er solol!

—¡Esa quinta, Madre mía, que me trae sin sueño!

—¡Ese hombre esacomodao, y tó, por una calurnia! ¡Saca la cara por é, Madre mía de Rocío!

—¡Mi Antonio!

—¡Mi Josefa!

—¡Mis niños de mi centraña!...

Y aquella Virgen, con los ojos misericordiosos mirando siempre hacia abajo, para

ver todas las miserias y todas las desventuras de sus hijos, compadeciendo sin término, socorriendo sin descanso, amparando siempre y sin desacreditarse nunca.

El «pedid y recibiréis» del Evangelio nunca nos ha parecido mejor ejecutado, que en aquel propiciatorio de la Virgen: «todos los que tienen sed van a aquel agua». . . ¡a aquella «fuente, patente a la casa de Israel»!

La Virgen vuelve a la ermita entre las mismas aclamaciones con que salió. Empieza la desbandada de carretas, jinetes y peatones, y

—¡Hasta el año que viene, Madre mía!

Es el instante preciso de esa copla rociánica, que huele a romero y a almorádux y que despierta en las almas el deseo de volver... esa copla, impregnada de poesía popular, que nos arrasa en lágrimas los ojos, siempre que la recordamos, como cuando recordamos el hogar de que salimos y la figura de la madre, que se quedó llorando al vernos ir:

La Virgen del Rocío
Se queda sola,
En aquellas marismas
Siendo Pastora.

.....
Cuando salí del templo, me lo encontré
llorando, sentado en un escaño del compás.

—¿?...??

—¡Diciéndole a la Vige la copla de usté:

¡Piendo limosna,
Si e semenesté,
Vendré otro año, de la fin der mundo,
Pa gorverte a vé!!

.....
Le hice el dúo en su llanto; nos abraza-
mos como dos hermanos, y él se fué para su
pueblo y yo para Hinojos... orgulloso de ha-
ber nacido en estas tierras del Condado,
donde ha puesto su tabernáculo y fabricado
el nido de sus amores esa blanca Paloma de
las marismas.

Hinojos, 12, 13, 14, 15 y 16 de Junio de 1919.



El momento de este año

I

No lo puedo remediar. Pero yo oigo mucho al público.

Si escribe uno para él ¿cómo no atenderlo en sus reclamaciones, complacerlo en sus deseos... respetarlo en sus gustos?

El escritor que no se cuida de *su* público, merece no tenerlo. ¡Harto hace con leernos y tenernos en estima!

Dígolo porque entre el sin fin de cartas—no conozco otro público más dado al género epistolar, que el público de *El Debate*—en-

tre el sin fin de cartas, que estoy recibiendo, con ocasión de la serie de artículos «Momentos del Rocío», hay un montón de ellas, en que no se me pide; sino que *se da por hecho*, que el artículo en que soltaré toda la trompetería de mi arte, haciendo una «una borrachera de color», será cabal y precisamente el que se me había quedado en el tintero, o sea: el que mis lectores de estas crónicas, que han ido a la romería, han dado en denominar con un unanimidad prodigiosísima: «el momento de este año»: el instante indescriptible, en que el Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal Almaraz, tomando con sus manos consagradas, la corona de oro y pedrería, que pidió el amor a la fe, y que la fe y la piedad, y la esperanza y la gratitud, llevaron a las plantas de la Virgen, la colocó en la cabeza de la Reina y Madre, Madre de Misericordia, erigiéndola por delegación de Benedicto XV, en *Reina Ungida* de todos estos pueblos rocianos.

II

Debía a todas luces ser coronada canónicamente una Virgen, de devoción regional—El Rocío es el Lourdes de las provincias de Huelva y de Sevilla y de salpicaduras de la de Cádiz—con un historial taumatúrgico, como por aquí no hay otro; con una romería anual, netamente española, típicamente andaluza y, en medio de su alegría de pandereta, devota, mortificada y edificante como ninguna; hasta con su romancero peculiarísimo, en que la musa popular de los contornos ha vaciado con el pomo de alabastro de todos sus sentimientos de fe y de amor, todo el salero de sus hiperbólicos decires:

(Tiene la der Rocío
En su camárin,
Más oro y más diamante
que er Rey de Mádri.)

Se lanzó la idea al público, y lo de siempre: la pobreza quitándose-lo del comer como quien dice, y la riqueza vaciando a manos

llenas sus tesoros; pero uniéndose una y otra, para hacer entre las dos lo que ninguna de ellas hubiera hecho por separado; o sea: una joya valiosísima... que fuese, más que joya, un conglomerado de sacrificios.

¡Van en ella tantos donativos de «a perra gorda» y hasta de «a perra chica»! ¡Van jornales de siega!... ¡Va el huevo ofrecido por una infeliz!... ¡Va... hasta la limosna de alguno que vive de ella!... ¡¡la limosna de un mendigo!!

Por eso esa corona vale más, que si fuera de precio fabuloso y costada sólo por potentados... Lleva gotas de sudor... bostezos de hambre... ¡privaciones de pobrecitos desheredados de la fortuna, que le han dado a la Virgen hasta *lo que no podían!* ¡Exprimida esa corona, como se exprime una esponja,... ¡ah!, ¡cuántos chorros de sudor, convertidos en perlas; cuántas y cuántas lágrimas, trocadas en brillantes... cuántas gotitas de sangre, cristalizadas en rubíes, rodarían por el rostro de la celestial Destinataria, que como su Hijo santísimo, ante los «despilfarros» de María Magdalena, ha tenido que decirnos:— obra buena habéis obrado en mí!!

En fin: que la corona se remató; que la corona se expuso, causando la admiración de todos cuantos la vieron, y la corona se llevó a El Rocío...

III

Y amaneció el domingo de Pentecostés. Y, o yo andaba mal de la cabeza, o aquel día hubo dos soles. Uno, que salía por el oriente, y otro, que salía a la vez por la puerta de la ermita de El Rocío. El primero, avanzando por la azul esfera con derecha al cénit, y el otro, caminando en hombros de sus almonteños por la verde explanada de la marisma, a lo alto de un tablado, donde, de allí a unas horas, había de ser ungida su realeza.

Como a la Virgen del Rocío—esto es dogma por aquí—*se le mña la coló*, en aquella mañana memorable, la mañana más augusta de los siglos rocieros, la Virgen estaba pálida:—¡Míala, mujé, qué amarilla se ha puesto!—decían las mujeres a! mirarla al través de las gotas de su llanto.—¡Viva eza blanca Palomal—vociferaban los hombres, algunos, metiéndose los dedos índices en las extremidades de los labios, para más abrir la

boca y que el «viva» tuviese más espacio de salida—más de una boca *vi rota* por ese procedimiento—: y mujeres y hombres, niños y ancianos, en número de treinta mil, empezaron a coger sitio, para ver a pié firme y a pleno sol, sin sombrero los machos y sin sombrilla las mujeres, el instante, durante todo un año acariciado minuto por minuto; el instante, que los había hecho salir de sus respectivas casas y soportar todas las malas andanzas del camino... el instante, que no se volverá a repetir nunca jamás y que se recordará con lágrimas en los ojos por todos los que tuvimos la dicha de vivirlo.

¡Fué mucho instante! El sol de las diez del día, y de un día de Junio y en el cielo andaluz, era fuego derretido y vida derramada. Todos los rostros estaban sudorosos, como en la remisión de la fiebre, y encendidos, como si sobre cada uno de ellos se hubiera deslizado una pincelada de púrpura. Sólo la Virgen estaba pálida. — ¡Míala, mujé!...

Precedido de todos los tamboriles, y de todas las varas, y de todos los estandartes y de todos los Simpecados; acompañado de

su Provisor y Vicario General y de su Secretario de Cámara; vestido con toda la magnificencia principesca de su púrpura cardenalicia, ante cuya ardiente llama palidecen las corolas de las flores del granado y parecen desteñidas las amapolas de los trigales; entre salvás de cohetes y estrepitosísimos repiques de las campanas locas; a los solemnes acordes de nuestra marcha real y al ensordecedor tableteo de un formidable aplauso, salió el Sr. Cardenal de su hospedaje.— la humilde santería de la ermita—y se dirigió al tablado donde aguardaba a la Virgen.

Por enmedio de un pelotón de treinta mil personas, compacto y apretado en el reducido espacio de una calle de aldea, sombreada por un inmenso toldo, sobre mástiles, vestidos de follaje y empavesados de flámulas y gallardetes, logró llegar al fin a lo alto del cadalso, donde en un altar portátil, vestida de plata y oro—alas de plata y dorso de oro—como la paloma de que habla el Rey Profeta, estaba la *Paloma* del Rocío: tan Paloma de la gente rociera, que he leído este año en las ancas de un mulo, hecho a punta de tijera por el gitano: «Biba la Birge del

Rocío... Biba esa Blanca Paloma» (histórico).

Bendecidas las coronas de la Madre y del Hijo—razón de ser de todo lo que es la Madre—y celebrada la misa de ritual, se procedió a la augusta ceremonia de la coronación.

El Señor Cardenal, visiblemente emocionado, recibió de mano del Presidente de la Junta aquel conglomerado de anhelos y de esperanzas, de gratitudes y de recuerdos, de dolores aliviados y de penas no aliviadas todavía... ¡aquella esplendorosa cristalización de fe y amores!, y... la dejó caer para siempre sobre aquella cabeza, por amor nuestro bautizada con sangre de su Hijo en el Calvario: ¡¡Madre mía!

Fué un momento en que, como diría el vate.

«Sólo se oía un trémulo sollozo»,

pero un sollozo, que dejó de serlo, para trocarse en un ¡viva! ensordecedor... imponente... ¡infinito!: un «viva» de treinta mil gargantas, entre los aplausos frenéticos de sesenta mil manos, que movía el entusiasmo, y las lágrimas copiosas de sesenta mil ojos, que preñaba de ellas la emoción... so-

llozo, grito, alarido, ¡jaculatoria enorme!... ¡formidable! que no tuvo más remedio que llegar al cielo y repercutir en las entrañas de la Virgen, como repercuten en las entrañas de las madres los besos de los hijos: porque aquello, más que sollozo y más que viva, más que alarido y más que jaculatoria, fué un beso: un beso ardiente, prolongado, ¡inacabable! y por añadidura «mojado en lágrimas, con que «vió» la Paloma de las marismas cuánto y cuán honda y despropositadamente se la quiere, ¡se la idolatra! por estas apasionadas tierras andaluzas.

¡Ah! ¿Por qué, Madre mía del Rocío, ¿por qué me has dado sólo una pluma, y no... lo que há menester ese instante, supremo de tu historia, en esa Imagen, toda belleza; en ese santuario, todo misericordia, y en estos pueblos, todo caballerosidad e hidalguía, y rejoy, y rumbo, frenéticos por tí, porque eres mujer... y madre ¡la Mujer, más hermosa entre todas las mujeres y la Madre, más buena y más infortunada de todas las madres!??

¿Por qué la pluma es pluma nada más, y no pluma, y pincel, y gubia, y arpa, y trino de ruiseñor y mugido de tormenta y chispa-

zo de luz y llamarada de fuego, y... ¡ángeles y serafines, entendiendo sin discurrir y hablando sin palabral?

¿Que os describa, me pedís, «el momento de este año?» ¡Cuando quepa el Océano en una concha, cabrá en unas cuartillas el momento de la Coronación de la Virgen del Rocío y en El Rocío!

Entretanto, que venga Murillo y lo pinte y los ángeles del cielo y lo canten.

¡Hijos del Aljarafe de Sevilla, coronados de espigas de oro y de pámpanos de esmeralda, que bendice la Virgen del Rocío! ¡hombres de mi Condado de mi alma, fuertes, como nuestros pinos; pródigos, como nuestros olivares; agradecidos, como nuestros barros; sobrios, como nuestras bellotas y alegres y palabreros, como nuestros mostos! ¡Andaluces de este cachito e tierra rociiana, que huele a almorádux y a bayuncos, a romero y a jara, ande espue je Dió, no hay má que eza blanca Paloma, cuya estampa, pegá con pan mascao, está a la cabecera e la cama de tós los pobre, pa jacernos creé mientras vivimo, y jacerno recibí tó lo güeno, a la hora de la muertel ¡dejad que cierre esta cró-

nica con *todo lo que se me ocurrió* decir a Siurot, al abrazarlo en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, después de un discursazo de los suyos.—¡Viva la Virgen del Rocío!

Y salimos llorando cada cual por su lado...

¡Ah! ¡era un viva a la Virgen y al terruño; un saludo a mi cuna, una caricia a mis hermanos; un beso a la sepultura de mi padre y otro beso a mi madre en mitad de la cara... ¡un credo, síntesis de toda mi fe, y un crujido formidable de todo mi amor: ardiente aquella, como el sol de Andalucía, y grande y sin lindes éste, como los llanos de la marisma!!

¡Marismas de Armonte!

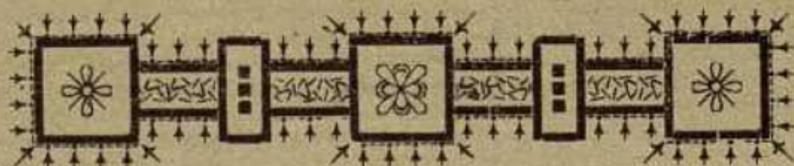
Llanos e Rocío:

Decí a la Vige, la Paloma blanca

Los amores mío!

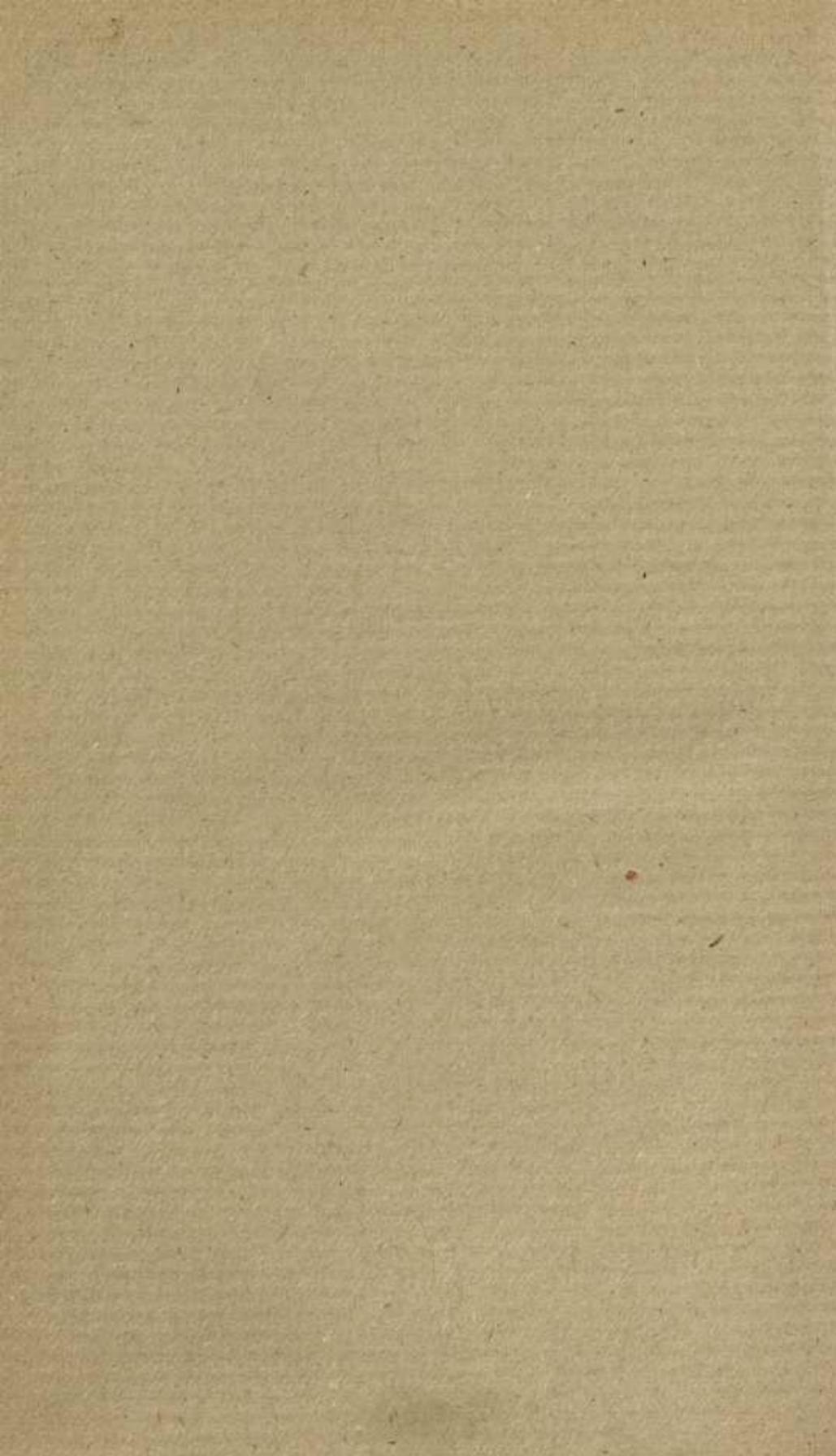
Sevilla, día de San Pedro de 1919.

FIN



INDICE

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| DEDICATORIA | V |
| Éxito literario.— «Histórico», que puede servir de introducción. | 7 |
| La salida. | 25 |
| La entrada | 37 |
| El medio ambiente | 47 |
| El culto por el dolor. | 57 |
| El Rosario | 67 |
| La procesión | 77 |
| El momento de este año | 89 |



Sevilla, 16 de Julio de 1919.

IMPRIMATUR:

† *Enrique, Card. Arzobispo de Sevilla*

